

Mi lugar seguro no eres tú. No todavía, al menos. Se encuentra doblando la esquina del Día más destartado de todo Madrid, entrando en el centro comercial que se halla a la derecha, cruzando una salida de emergencia y subiendo por las escaleras hasta arriba del todo. La puerta en la que desembocan cuesta más empujarla, suelo hacer fuerza con mi costado derecho. El viento sopla enfurecido aquí arriba, casi parece que los trenes de cercanías sigan reptando por los raíles abandonados. Hierbajos asoman entre las traviesas y se mecen al unísono en una danza intermitente.

Me suelo sentar junto al borde del puente a admirar las vistas. Las vigas llenas de pintadas me protegen de una caída al vacío. Para encontrar mi sitio de siempre, tomo como referencia un verso de una canción de Jimena Amarillo: “La tranquilidad es un privilegio, y yo quiero tenerlo”. Está escrito sobre la madera con rotulador azul. Lo rodean toda clase de garabatos de distinta autoría. Los que más llaman la atención son el nombre de usuario de un tal Juan, un pene fatal dibujado y una flor, probablemente una margarita, con rostro humano.

Vengo aquí muchas tardes. A veces me pongo los auriculares; otras, me dejo envolver por la sinfonía de la metrópoli, que se resume en cláxones y rugidos de motor que se desvanecen nada más sonar. Para que algo sea bello, sólo hay que alejarse un poco.

Sé que nunca lo entenderías. Pensarías que vengo a este lugar porque tengo algo que ocultar. Al fin y al cabo, soy una chica que no habla demasiado y, como consecuencia, súper interesante. Tal vez todo mi atractivo se base en eso, en lo intangible, en lo desconocido. Sé que me idealizas en tu cabeza y mi mayor miedo es decepcionarte.

Aquí no hago gran cosa. Permanezco quieta en dirección al sol y dejo que sus últimos rayos se mezclen con el frío paralizante del viento en mis mejillas. A veces me traigo mi libreta y un bolígrafo, por si acaso. Ojalá pudiera quedarme a vivir para siempre en el instante de lucidez del que nace una nueva idea. Su duración es tan ínfima que después me pregunto si de verdad ha ocurrido. Como después de haber visto una estrella fugaz.

Hoy, martes, también he venido nada más salir de clase.

Puede que le haya cogido el truco al horario de tarde. Pinceladas de rosa decoran el cielo crepuscular y no puedo evitar abrir la cámara de mi móvil para inmortalizar el momento. Como si no tuviera ya una colección de fotos de atardeceres acumulando polvo digital en mi galería.

Estoy haciendo un vídeo panorámico cuando una mancha negra interrumpe mi plano.

Hay otra persona aquí, a pocos metros de mí, subida a la barrera del puente. Por su silueta deduzco que es un hombre. Está de cuclillas, como si acabara de subirse y estuviera intentando estabilizarse.

¿Se querrá tirar?

Sintiendo una profunda vergüenza, guardo mi móvil. Sé que debería, pero soy incapaz de apartar la mirada. Estoy petrificada, no soy dueña de mi cuerpo.

Entonces la silueta se mueve. Su cabeza ahora apunta en mi dirección, y distingo unos ojos oscuros. Sé que ha advertido mi presencia, porque se está bajando de la barrera. Posa primero un pie y luego el otro. Ya está en terreno seguro.

—Perdona, no te había visto.

Me río nerviosamente.

—Nada —respondo.

Han pasado dos semanas desde aquel incidente. Ahora Pablo y yo somos amigos. Imagino que te resultará raro, dadas las circunstancias en las que nos conocimos. Eso por no mencionar la diferencia de edad.

Desde antes de empezar a salir contigo sabía que nunca te traería a este lugar. Soy consciente de que es un potencial desperdiciado: es una azotea desde la que se ve todo

Madrid. Tiene ese aura romántica propia de los espacios abandonados y, si eres joven y estás lo suficientemente enamorado, es hasta bonita. Podríamos venir aquí y hacer un picnic. Hay hueco aún entre los grafitis para escribir nuestras iniciales como dos chavales de instituto. Hasta hace poco, podíamos incluso meternos mano sin que nadie nos viera.

Una vocecilla interna solía llamarme egoísta por no querer mostrarte todo de mí. Pero he sido desprovista de la titularidad de este lugar: ya no es del todo mío. Quizás nunca lo fue.

Le he hablado de ti. Me dijo que su padre también se llamaba Santiago. En mi defensa diré que también hablamos de otras cosas. El primer día que nos vimos le conté una historia. Al día siguiente tenía el examen práctico de conducir, iba a ser la quinta vez que me presentaba. Pablo me escuchó con atención. Incluso me pareció ver una sonrisa dibujándose bajo su barba.

—¿Cuál es tu comida favorita? —le pregunté.

—Los dónuts, creo.

Me explicó que le recordaban a su infancia. Había un puesto de comida a la salida del colegio y su madre le compraba uno todos los viernes. Es una persona nostálgica. Dicho esto podría parecer que es un anciano, pero me lo imagino afeitado y no debe llegar a los cuarenta.

—Si apruebo, te traeré una caja de dónuts.

Si pienso en la vida como una barra de progreso, Pablo no ha llegado a la mitad. Sin embargo, normalmente me la imagino como una especie de calendario asimétrico, donde los años más próximos son más grandes y, a medida que pasan, se van compactando. Mis veinte los visualizo con nitidez; los treinta no los siento ni míos aún; y la separación entre los cuarenta, los cincuenta y los sesenta es ridículamente pequeña. Más allá no sé que hay. Sólo sé que no es un calendario de papel. No tiene bordes, y si los tuviera, estarían difuminados.

Todavía no tengo claro qué pretendía hacer Pablo aquel día cuando se subió a la barrera del puente. Pero de momento sigue viniendo a escuchar mis historias.

No aprobé el examen. Voy a por la sexta.

Todos hemos tenido celos alguna vez. Tú, si estuvieras al tanto de la naturaleza de esta relación, los tendrías. Me pedirías que, por favor, le pusiera fin. Pero tranquilo: yo sola he llegado a la conclusión de que esto puede ser peligroso, y no precisamente por temor a tu reacción.

Empiezo a pensar que Pablo sí que quería suicidarse aquel martes.

No sé mucho de él más allá de que su comida favorita son los dónuts, trabaja en una frutería y tiene una hija un poco menor que yo. Cuando le veo llegar me pregunto por qué está aquí y no en casa con ella.

¿Y si no vive con ella? ¿Y si está sólo?

Mis historias no son tan interesantes. Te he dicho alguna vez que me gustaría ser escritora, pero no soy tan buena como para retener a este hombre en la Tierra durante mucho más tiempo.

No me digas que tengo el síndrome del impostor.

Lo que tengo es mucho peor.

Estoy agotada. Agotada y feliz. Dejo que esta dicha puramente hormonal se extienda por mi cuerpo. Me apoyo en tu pecho desnudo, y tu corazón martillea rápido contra mi oreja. Ya, yo tampoco pensaba hacerte personaje de este relato, ya tienes bastante con ser el receptor, pero aquí estás.

Pum, pum. Se escucha tan alto que parece el único sonido del mundo. Cambio mi oreja por mi mano y te miro a los ojos. Me preguntas qué pasa.

—Nada.

Estamos hablando de algo superfluo. Me vuelvo a tumbar y, aunque tú te ríes, yo empiezo a llorar. La mirada se me empaña de un hormigueo caliente y húmedo.

Ahora que me he incorporado un poco, espero un interrogatorio que no llega. Lo único que ilumina esta habitación de alquiler es el blanco mortecino de la lámpara de noche, así que no te culpo por no darte cuenta.

Entonces me permito el lujo de tumbarme de nuevo y seguir llorando en silencio.

No puedo parar de pensar en que ese corazón que choca contra mi oído algún día dejará de latir. Pienso, en segundo plano, que hoy va a ser la primera vez que me veas llorar; también en lo cliché que estoy siendo, llorando después del sexo.

Me abrazo más fuerte a ti, como si así pudiera impedir que te fueras.

Lloro por una anticipación de la ruptura, que es inevitable. Y no hablo de la ruptura amorosa, sino de la ruptura del cuerpo. La ruptura con la vida.

Lo nuestro puede ser para siempre, pero tú y yo no.

Algún día tu piel dejará de estar caliente, y tus ojos no podrán mirarme, y tu voz no volverá a mezclarse con los ruidos del mundo.

Por fin has reparado en mi llanto, y yo le quito importancia. Tú insistes en que te diga qué me pasa.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Si, ya sé que estás loca.

Qué haría sin tus bromas.

—Es que de repente he pensado que nos vamos a morir.

Te quedas callado unos instantes.

—Sí. Algún día, sí.

No he vuelto a ver a Pablo desde el día en que compartimos donuts, hace semana y media. Me felicitó por aprobar el carné y me contó anécdotas de cuando él conducía. Él ha dejado de coger el coche, dice que por Madrid no merece la pena.

Yo ya no voy a la azotea. Soy incapaz. No he parado de escudriñar mi recuerdo en busca de algún cambio en su actitud que en el momento se me pasara por alto. ¿Fue el número de sonrisas menor que otras veces? Tiene que haber algún grito de socorro oculto en sus gestos. No me creo que no intentara pedirme ayuda esa última tarde.

Debería estar guardando luto, no aquí tirada, fingiendo que todo está bien.

—¿Ves? Era una tontería —digo.

Nos sonreímos. Me cambias de tema, como si la conversación no se pudiera explotar más. Quieres llevarme a un sitio sorpresa. Es tarde, pero aún no ha anochecido, así que accedo. Nos damos una ducha, nos vestimos y antes de cruzar el umbral de tu portal ya estamos agarrados de la mano.

Nuestros pasos se coordinan mientras transitamos las callejuelas. Hace un tiempo agradable. Más de una vez trago humo de tabaco ajeno.

Entramos al Día para comprar algo de merienda. Cuando llegamos a la cima de las escaleras, me doy cuenta de lo distraída que he estado durante todo el paseo, y ya es tarde para retroceder.

Al final has sido tú el que me ha traído a mi lugar seguro.

Mi pulso se dispara y mi mano está tan resbaladiza que suelto la tuya. Es increíble lo mucho que pesa la ausencia. Tengo la ingenua sensación de que Pablo va a estar aquí hoy, y os vais a conocer, y no voy a saber cómo presentaros.

No me planteo cómo has descubierto esta azotea solitaria: seguro que tu algoritmo te ha sugerido que vengas aquí. “Tres planes gratis para hacer en Madrid este fin de semana”, o algo así.

De hecho, cuando empujamos la pesada puerta para salir, oigo un golpeteo constante, como de canción de rap, y risas adolescentes. Hay un grupo de unos diez chicos y chicas bebiendo cerveza en lata y hablando demasiado alto, atropellándose los unos a los otros como en una tertulia televisiva. Parecen exaltados por algo.

Todo lo imprevisto te apasiona, así que te acercas a curiosear y yo te sigo. Uno de los chavales, de diecisiete años como mucho, está pintarrajeando con rotulador en una viga.

En unas mayúsculas enormes escribe “hijo de puta” justo encima de otro texto que no es suyo. Todos sus amigos gritan en señal de apoyo a este acto de rebeldía.

Aguzo la vista y, entre todos los caracteres que están quedando eclipsados por el insulto, distingo mi nombre. Qué raro. Me acerco hasta que puedo leerlo bien: “Noelia, una pandilla de críos ha invadido el único lugar donde me he sentido tranquilo. Estoy buscando otro parecido, ojalá lo encuentre. Cuídate, Pablo”.

Me río. La persona a la que desprecian con tanto ahínco es Pablo, y estoy segura de que cuando se topó con ellos se fue sin decir palabra. El trueque típico: odio por indiferencia.

Qué egoísta he sido. ¿Cuántos días lleva ese mensaje ahí? Miro a mi alrededor y todo son notas de humanos para humanos, sentimientos contenidos en tinta emborronada por la lluvia.

—¿Todo bien? —me preguntas.

Te miro. Este lugar es de todo menos mío. Suelto un suspiro de alivio.

—Sí. Todo bien.